INSTRUCCIONES GENERALES Y CALIFICACIÓN

Después de leer atentamente el examen, responda de la siguiente forma:

Elija un texto entre A o B y responda a las cuestiones planteadas como preguntas 1, 2, 3 y 4

TIEMPO Y CALIFICACIÓN:

90minutos. Cada una de las preguntas tiene una calificación de 2,5 puntos

TEXTO A

«Cerraré ahora los ojos, me taparé los oídos, suspenderé mis sentidos; hasta borraré de mi pensamiento toda imagen de las cosas corpóreas, o, al menos, como es casi imposible, las reputaré vanas y falsas; de este modo, en coloquio solo conmigo y examinando mis adentros, procuraré ir conociéndome mejor y familiarizarme más conmigo mismo. Soy una cosa que piensa, es decir, que duda, afirma, quiere, no quiere, y que también imagina y siente, pues como he observado más arriba, aunque lo que siento e imagino acaso no sea nada fuera de mí y en sí mismo, con todo estoy seguro de que esos modos de pensar residen y se hallan en mí, sin duda. Y con lo poco que acabo de decir, creo haber enumerado todo lo que sé de cierto, o al menos, todo lo que he advertido saber hasta aquí».

R. DESCARTES, Meditaciones metafísicas, Meditación tercera.

TEXTO B

«El mayor acontecimiento reciente, —que "Dios ha muerto", que la creencia en el dios cristiano ha perdido credibilidad— comienza ya a arrojar sus primeras sombras sobre Europa. Por lo menos a aquellos pocos cuyos ojos, o el recelo que poseen en sus ojos, son lo suficientemente fuertes y sutiles para este espectáculo, les parece que algún sol se ha puesto, alguna confianza antigua y profunda se ha convertido en duda: a ellos nuestro viejo mundo tiene que parecerles cada día más crepuscular, más desconfiado, más extraño, "más viejo". Pero esencialmente puede decirse: el acontecimiento mismo es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado apartado de la capacidad de comprensión de muchos como para que pueda decirse siquiera que su noticia haya llegado, y menos aún que muchos sepan qué ha ocurrido propiamente con él — y todo lo que ahora, después de que esa creencia ha sido sepultada, tiene que desmoronarse porque estaba construido sobre ella, apoyado en ella, entrelazado con ella: por ejemplo, toda nuestra moral europea».

F. NIETZSCHE, La Gaya Ciencia, V, § 343.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

PREGUNTAS

1. Sobre el texto elegido (2'5 puntos)

1. **Identifique y explique la tesis principal defendida en el texto propuesto.**
2. **Mediante un pequeño texto justificativo ponga en diálogo con algún otro autor, autora o corriente filosófica perteneciente a la misma o diferente época la cuestión discutida en el texto.**

2. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. **Exponga el problema de *la ética y/o la moral* en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.**
B. **Exponga el problema de *Dios* en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.**

3. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. **Exponga el problema del *ser humano* en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna**
B. **Exponga el problema de l*a ética y/o la moral* en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna.**

4. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. **Exponga el problema de *la sociedad y/o la política* en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea**
B. **Exponga el problema de la realidad y/o el conocimiento en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea.**

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

SOLUCIONES

TEXTO A

«Cerraré ahora los ojos, me taparé los oídos, suspenderé mis sentidos; hasta borraré de mi pensamiento toda imagen de las cosas corpóreas, o, al menos, como es casi imposible, las reputaré vanas y falsas; de este modo, en coloquio solo conmigo y examinando mis adentros, procuraré ir conociéndome mejor y familiarizarme más conmigo mismo. Soy una cosa que piensa, es decir, que duda, afirma, quiere, no quiere, y que también imagina y siente, pues como he observado más arriba, aunque lo que siento e imagino acaso no sea nada fuera de mí y en sí mismo, con todo estoy seguro de que esos modos de pensar residen y se hallan en mí, sin duda. Y con lo poco que acabo de decir, creo haber enumerado todo lo que sé de cierto, o al menos, todo lo que he advertido saber hasta aquí».

R. DESCARTES, Meditaciones metafísicas, Meditación tercera.

TEXTO B

«El mayor acontecimiento reciente, —que "Dios ha muerto", que la creencia en el dios cristiano ha perdido credibilidad— comienza ya a arrojar sus primeras sombras sobre Europa. Por lo menos a aquellos pocos cuyos ojos, o el recelo que poseen en sus ojos, son lo suficientemente fuertes y sutiles para este espectáculo, les parece que algún sol se ha puesto, alguna confianza antigua y profunda se ha convertido en duda: a ellos nuestro viejo mundo tiene que parecerles cada día más crepuscular, más desconfiado, más extraño, "más viejo". Pero esencialmente puede decirse: el acontecimiento mismo es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado apartado de la capacidad de comprensión de muchos como para que pueda decirse siquiera que su noticia haya llegado, y menos aún que muchos sepan qué ha ocurrido propiamente con él — y todo lo que ahora, después de que esa creencia ha sido sepultada, tiene que desmoronarse porque estaba construido sobre ella, apoyado en ella, entrelazado con ella: por ejemplo, toda nuestra moral europea».

F. NIETZSCHE, La Gaya Ciencia, V, § 343.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

PREGUNTAS

1. Sobre el texto elegido (2'5 puntos)

1. **Identifique y explique la tesis principal defendida en el texto propuesto.**
2. **Mediante un pequeño texto justificativo ponga en diálogo con algún otro autor, autora o corriente filosófica perteneciente a la misma o diferente época la cuestión discutida en el texto.**

TEXTO A

1.1. Tesis principal y explicación

En este fragmento de las *Meditaciones metafísicas*, Descartes defiende que, para encontrar una verdad absolutamente segura, el ser humano debe retirarse de los sentidos y centrarse en el acto mismo de pensar. La tesis fundamental es que el yo se descubre como "cosa que piensa" y que los modos de pensar —dudar, afirmar, querer, imaginar, sentir— poseen una certeza que no depende de la existencia real del mundo exterior.

Por eso, el texto comienza con esa especie de ejercicio interior: "cerraré ahora los ojos, me taparé los oídos, suspenderé mis sentidos…". No es una simple descripción psicológica, sino un paso más dentro de su método de la duda. Descartes decide tratar como falsos o engañosos todos los contenidos sensibles e incluso "borrar" de su mente las imágenes de las cosas corporales. Lo hace no porque esté convencido de que no existan, sino para comprobar si, eliminando todo lo que pueda ser dudoso, queda todavía algo absolutamente indudable.

Al hacerlo, descubre que, incluso aunque lo que imagina o siente "no sea nada fuera de mí", sigue siendo innegable que hay alguien que imagina o siente. Es decir, quizás el objeto sea ilusorio, pero el acto de pensar es completamente real. De este modo, el sujeto se reconoce a sí mismo como una realidad cuya esencia es pensar: una "cosa que piensa" que duda, afirma, quiere, no quiere, imagina y siente. Lo que queda, después de haber extremado la duda, es la conciencia de sí mismo como sujeto de pensamientos. Esta es la base del famoso "pienso, luego existo", que en el texto aparece implícitamente: si puedo dudar de todo, no puedo dudar de que estoy dudando. A partir de ahí, Descartes considera que ha enumerado lo único que sabe con certeza por el momento, y que ese núcleo de certeza servirá de fundamento para reconstruir el edificio del conocimiento.

1.2. Diálogo con otro autor o corriente

El texto de Descartes expone uno de los núcleos decisivos de su proyecto filosófico: la búsqueda de una certeza absoluta mediante la retirada metódica de los sentidos. Al suspender todas las creencias que dependen del mundo exterior y desconfiar de las imágenes corporales, Descartes intenta descubrir qué permanece indudable cuando se han eliminado todas las fuentes posibles de error. Lo que halla es el yo como "cosa que piensa", una realidad cuya existencia se manifiesta en los propios actos de pensamiento: dudar, afirmar, querer, imaginar o sentir. Aunque aquello que imagina o siente pueda ser ilusorio, el hecho mismo de imaginar o sentir se presenta como indudablemente real. Esta intuición inmediata del acto de pensar le permite afirmar que la única certeza inicial es la existencia del sujeto pensante: el famoso *cogito*, que funciona como fundamento del conocimiento.

Si ponemos esta concepción en diálogo con Hume, observamos un contraste radical. Hume rechaza frontalmente la idea cartesiana de un yo como sustancia simple, idéntica a sí misma y capaz de descubrirse mediante un examen introspectivo. En su análisis, cuando dirigimos la mirada hacia nuestro interior no encontramos nada parecido a una "cosa que piensa", sino únicamente percepciones particulares en constante cambio: sensaciones, ideas, impresiones, recuerdos. No hay, según él, un núcleo

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

permanente detrás de ellas. Lo que Descartes interpreta como evidencia inmediata —la existencia del yo pensante— es, para Hume, una construcción del hábito y de la imaginación, que tienden a unificar lo que en realidad es una sucesión discontinua de percepciones. La supuesta sustancia espiritual cartesiana no es un dato evidente, sino una inferencia ilegítima.

Además, la relación entre ambos autores se hace especialmente interesante si consideramos su forma de entender la certeza. Para Descartes, la introspección del pensamiento es el espacio privilegiado de la evidencia: lo que capto con claridad y distinción en mi conciencia es necesariamente verdadero. De ahí que pueda afirmar con seguridad que los actos de pensar "residen en mí" y que yo soy su sujeto. Hume, por el contrario, desconfía de cualquier pretensión de certeza absoluta basada en la conciencia interna. La mente, en su opinión, no dispone de un criterio infalible para distinguir entre percepciones más o menos intensas, ni puede garantizar que exista una unidad metafísica detrás de ellas. La evidencia subjetiva no es garantía suficiente de verdad, y la introspección no revela una estructura estable, sino un flujo continuo de experiencias.

También difieren profundamente sobre el papel de los sentidos. Mientras Descartes los suspende porque pueden engañarnos, Hume sostiene que los sentidos constituyen nuestra única fuente de contenido cognitivo. Para Hume, empezar desconfiando radicalmente de ellos conduce a un callejón sin salida: sin impresiones sensibles no puede haber ninguna idea, ni siquiera la idea del propio yo. Descartes, en cambio, cree que puede reconstruir el conocimiento desde la certeza pura del pensamiento, sin apoyarse inicialmente en la experiencia. Hume negaría tajantemente esta posibilidad.

En definitiva, donde Descartes encuentra un fundamento seguro —el yo como sustancia pensante—, Hume ve un mito metafísico nacido de la necesidad psicológica de encontrar unidad en la experiencia. Y donde Hume exige una actitud empírica que acepte la limitación y fragmentariedad del conocimiento, Descartes busca una verdad totalmente indudable. El diálogo entre ambos muestra dos concepciones del yo y del conocimiento profundamente opuestas: una racionalista, que confía en la evidencia interna como fundamento absoluto, y otra empirista, que deshace ese fundamento y pone en duda la existencia misma del yo como entidad unificada.

TEXTO B

1.1. Tesis principal y explicación

En este texto de *La gaya ciencia*, Nietzsche analiza las consecuencias del "mayor acontecimiento reciente": la muerte de Dios, es decir, la pérdida de credibilidad del Dios cristiano en la cultura europea. La tesis principal es que este acontecimiento, aunque aún no sea plenamente comprendido por la mayoría, implica un cambio radical en el horizonte de sentido de Europa, porque muchas estructuras —sobre todo la moral tradicional— estaban apoyadas en esa creencia. Al derrumbarse el fundamento religioso, todo lo construido sobre él comienza a desmoronarse.

Nietzsche describe este proceso como una especie de atardecer cultural: "algún sol se ha puesto" y el mundo comienza a parecer más "crepuscular, desconfiado y viejo". Con ello quiere indicar que la desaparición de una fe que organizaba la vida y ofrecía seguridad metafísica deja un vacío difícil de asumir. Sin embargo, insiste en que el acontecimiento es "demasiado grande" y "demasiado lejano" para que la mayoría sea consciente de su alcance. La noticia de la muerte de Dios todavía no ha llegado verdaderamente al corazón de la cultura: muchos siguen viviendo como si nada hubiera pasado, aunque los fundamentos hayan dejado de ser creíbles.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

Lo más importante del fragmento es que Nietzsche no se limita a constatar la crisis religiosa, sino que señala sus consecuencias morales. La moral europea, dice, estaba "construida sobre" la creencia cristiana, "apoyada en ella, entrelazada con ella". Si ese soporte desaparece, ya no es posible mantener sin más las mismas normas, valores y juicios morales. Nos encontramos, por tanto, ante una crisis de la moral tradicional que abre la posibilidad de una revalorización de todos los valores. La muerte de Dios no es solo un hecho religioso, sino el comienzo de un profundo proceso de transformación cultural.

1.2. Diálogo con otro autor o corriente

El texto de Nietzsche dialoga de manera muy sugerente con la filosofía moral de Kant. Kant sostiene que la moral no depende, en último término, de la existencia de Dios, sino de la razón misma. La ley moral se expresa en el imperativo categórico, que exige obrar según máximas universalizables y tratar siempre a la humanidad como fin en sí misma. Aunque Kant admite la existencia de Dios como postulado de la razón práctica, la obligatoriedad del deber no se basa en la fe, sino en la autonomía de la voluntad racional. Desde esta perspectiva, incluso si "Dios muriera", la moral kantiana podría seguir en pie porque su fundamento ya no sería religioso, sino racional.

Nietzsche, en cambio, sospecha que muchas formas de moral laica son, en el fondo, versiones secularizadas del cristianismo. Aunque se hable de razón, de deber o de humanidad, seguiría presente la misma estructura de culpa, de sacrificio y de negación de la vida que él critica en la moral cristiana. Por eso, para Nietzsche, la muerte de Dios exige algo más que sustituir la fe por la razón: es necesaria una transvaloración, una revisión radical de los valores heredados. Desde este punto de vista, una moral kantiana podría parecerle aún prisionera de una sensibilidad cristiana, en tanto que mantiene el ideal de una ley universal y de un sujeto racional que debe someter sus inclinaciones a un deber abstracto.

2. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. Exponga el problema de *la ética y/o la moral* en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.

En Aristóteles, la ética se organiza en torno a la pregunta por la vida buena, es decir, por aquello que hace que una existencia humana sea plenamente lograda. En la *Ética a Nicómaco*, sostiene que todos los seres humanos actúan buscando algún bien, pero que no todos los bienes ocupan el mismo lugar. Sobre los bienes particulares, Aristóteles sitúa un bien supremo, fin último de la vida, que llama eudaimonía. La eudaimonía no es un placer pasajero ni una mera acumulación de riquezas, sino una vida racional vivida de acuerdo con la virtud. Es, en definitiva, el florecimiento humano.

La virtud ocupa el centro de su ética. No se trata de algo innato, sino de un hábito que se adquiere mediante la repetición de actos justos, valientes, moderados, etc. Aristóteles define la virtud moral como un término medio entre dos extremos viciosos, pero no un punto matemático, sino un equilibrio relativo a cada persona y a la situación. Por ejemplo, la valentía es el término medio entre la cobardía y la temeridad. Para encontrar ese término medio no basta con aplicar una fórmula, sino que es necesaria la prudencia, la phronesis, que es una forma de sabiduría práctica. La prudencia permite deliberar correctamente sobre lo que conviene hacer en cada caso concreto, considerando las circunstancias y el bien humano como horizonte.

La ética aristotélica tiene también una dimensión social y política muy fuerte. Aristóteles considera que el ser humano es por naturaleza un animal político, es decir, un ser que solo puede realizarse plenamente en el marco de una comunidad, la polis. La ciudad es el ámbito en el que se educa el carácter y en el que se pueden ejercitar las virtudes. De hecho, las leyes y las instituciones tienen como objetivo formar ciudadanos virtuosos. La amistad, por su parte, aparece como un elemento indispensable de la vida buena:

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

no se trata solo de un vínculo afectivo, sino de una relación en la que se comparte una concepción del bien y se ayuda al otro a ser mejor.

En resumen, para Aristóteles, el problema de la ética no se reduce a cumplir normas abstractas, sino a formarse como un cierto tipo de persona, a forjar un carácter virtuoso que permita realizar las capacidades más propias del ser humano. La ética es inseparable de la educación, de la vida en común y de una visión teleológica del hombre como ser en busca de su plenitud.

B. Exponga el problema de *Dios* en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.

En Tomás de Aquino, el problema de Dios ocupa un lugar central y se aborda desde una doble perspectiva: por un lado, la razón filosófica, que intenta demostrar la existencia de Dios; por otro, la fe cristiana, que aporta contenidos que la razón por sí sola no podría alcanzar. Tomás sostiene que no hay contradicción entre razón y fe, porque ambas tienen su origen en Dios. La filosofía puede mostrar que Dios existe, aunque no pueda comprender plenamente su esencia.

En la *Suma Teológica*, Tomás propone las famosas "cinco vías", que son cinco argumentos que parten de la experiencia del mundo y concluyen en la existencia de un ser primero. La primera vía parte del movimiento: todo lo que se mueve es movido por otro, y no es posible una serie infinita de motores; por tanto, debe existir un primer motor inmóvil. La segunda vía se apoya en la causalidad eficiente: todo efecto tiene una causa, y tampoco aquí es posible una regresión infinita; es necesario llegar a una causa primera. La tercera vía se basa en la contingencia: las cosas que existen podrían no existir, así que debe haber un ser necesario que dé razón de su existencia. La cuarta vía considera los grados de perfección en los seres y concluye que ha de existir un ser sumamente perfecto. La quinta vía parte del orden del mundo y la finalidad de los seres para llegar a una inteligencia ordenadora.

Para Tomás, este ser primero es Dios, concebido como acto puro de ser, sin mezcla de potencia, absolutamente simple, inmutable y perfecto. No se trata de un ser entre otros, sino del fundamento último de todo lo real. Sin embargo, aunque la razón pueda llegar a afirmar su existencia, no puede abarcar plenamente su esencia. Por eso, Tomás distingue entre la teología natural, accesible a la razón, y los misterios de la fe, como la Trinidad o la Encarnación, que superan la capacidad humana y solo se conocen por revelación.

Además, la relación entre Dios y el ser humano tiene una dimensión moral. Dios es el fin último hacia el que tiende la voluntad, y la ley moral, incluida la ley natural, es participación de la ley eterna de Dios. El obrar bueno consiste en orientar la vida hacia ese fin último. Así, en Tomás de Aquino el problema de Dios no es solo un problema teórico, sino también práctico: tiene que ver con el sentido de la existencia humana, con el orden del mundo y con el camino hacia la felicidad definitiva.

3. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. Exponga el problema del *ser humano* en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna.

Rousseau se ocupa del ser humano intentando responder a una pregunta radical: ¿somos buenos o malos por naturaleza? Su respuesta es que el ser humano es naturalmente bueno y que es la sociedad, tal como se ha desarrollado históricamente, la que lo corrompe. En el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, imagina un estado de naturaleza en el que el hombre vive aislado o en pequeños grupos, movido por un amor de sí moderado y por la piedad hacia los otros seres. En ese

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

estado, no hay todavía propiedad privada ni comparación constante con los demás, por lo que tampoco hay desigualdades fuertes ni vicios complejos.

Sin embargo, el desarrollo de la sociedad, en especial la aparición de la propiedad privada y de la vida civil, introduce un nuevo tipo de relación: el *amour-propre*, o amor propio en sentido social. Ya no se trata simplemente del instinto de conservarse, sino del deseo de ser reconocido, admirado y preferido frente a otros. Esta comparación permanente genera envidia, orgullo, rivalidad y, en última instancia, desigualdad e injusticia. De este modo, la misma capacidad humana para perfeccionarse —lo que Rousseau llama perfectibilidad— se convierte en fuente de males cuando se encauza en instituciones injustas.

A pesar de este diagnóstico crítico, Rousseau no concluye que debamos regresar al estado de naturaleza, algo que él mismo considera imposible. Más bien, plantea la necesidad de una reorganización política y educativa que permita recuperar, en un nivel más alto, la libertad y la autenticidad perdidas. En *El contrato social*, propone la idea de una comunidad en la que los ciudadanos se asocien de manera que cada uno se someta solo a la voluntad general, es decir, a una voluntad orientada al bien común. La verdadera libertad no consistiría en hacer lo que a uno le apetece en cada momento, sino en obedecer leyes que uno mismo se ha dado junto con los demás.

En el *Emilio*, por otra parte, desarrolla una pedagogía centrada en el desarrollo natural del niño, protegiéndolo de la corrupción social prematura y favoreciendo la formación de un carácter autónomo. En conjunto, la visión de Rousseau presenta al ser humano como un ser originalmente bueno, dotado de perfectibilidad, pero extremadamente vulnerable a las estructuras sociales. Su filosofía abre así el camino a muchas reflexiones modernas sobre la influencia de la educación, las instituciones y la cultura en la configuración de la identidad humana.

B. Exponga el problema de l*a ética y/o la moral* en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna.

En Kant, el problema de la ética se aborda desde la pregunta por las condiciones de posibilidad de una moralidad verdaderamente universal y autónoma. Frente a las éticas que se basan en la felicidad, en las consecuencias o en la autoridad externa, Kant sostiene que la moral debe apoyarse en la razón práctica y en la idea de deber. Lo único que puede considerarse bueno sin restricción es la buena voluntad: no lo que conseguimos, sino la disposición a obrar por respeto a la ley moral.

La ley moral se formula en el famoso imperativo categórico. Se trata de un mandato que no depende de los deseos o fines particulares del sujeto, sino que vale para cualquier ser racional. Kant lo expresa de varias maneras complementarias. En una de ellas dice: “obra solo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal”. Esto significa que, antes de actuar, debemos preguntarnos si la regla que nos guía podría ser adoptada por todos sin contradicción. Si no es posible querer esa universalización, la acción es inmoral. En otra formulación, Kant afirma que debemos obrar de tal modo que tratemos siempre a la humanidad, tanto en nuestra persona como en la de cualquier otro, como un fin en sí mismo y nunca solo como un medio. Esta idea fundamenta la dignidad de la persona humana, que no puede ser instrumentalizada.

La ética kantiana es, por tanto, una ética de la autonomía. El sujeto moral no obedece a una ley externa, sino que se da a sí mismo la ley mediante la razón. Obedecer al deber es, en realidad, obedecerse a sí mismo en cuanto ser racional, no en cuanto ser dominado por inclinaciones. Esto implica una visión muy exigente de la moralidad: actuar moralmente no es simplemente hacer algo que coincide con lo que manda el deber, sino hacerlo precisamente porque es un deber, y no por interés o inclinación.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

Kant reconoce que la moralidad supone la libertad, y por eso introduce los postulados de la razón práctica: la libertad, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. No son demostraciones teóricas, sino condiciones que la razón práctica necesita para dar sentido pleno a la moral. Así, Dios aparece como garantía de la armonía última entre virtud y felicidad, aunque la obligación moral no dependa de la fe en él. La ética kantiana ha influido profundamente en concepciones modernas de los derechos humanos, del respeto a la persona y de la idea de que hay cosas que no deben hacerse aunque produjeran buenos resultados.

4. Responda solamente a una de las dos preguntas que se le plantean a continuación (2'5 puntos)

A. Exponga el problema de *la sociedad y/o la política* en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea

Marx aborda el problema de la sociedad y la política desde lo que él llama materialismo histórico. Según esta perspectiva, para comprender una sociedad no basta con fijarse en sus ideas, leyes o instituciones políticas, sino que es necesario analizar sus condiciones materiales de producción. La estructura económica —las fuerzas productivas y las relaciones de producción— constituye la base sobre la que se levanta una superestructura jurídica, política e ideológica. Esto no significa que las ideas no importen, sino que suelen reflejar y justificar los intereses de las clases dominantes.

En la sociedad capitalista, Marx identifica una división fundamental entre la burguesía, que posee los medios de producción, y el proletariado, que solo tiene su fuerza de trabajo. El trabajador vende su trabajo a cambio de un salario, pero el valor que produce es mayor que ese salario: esa diferencia es la plusvalía, que el capitalista se apropia. Esta dinámica genera explotación y, además, alienación: el trabajador se siente extraño frente al producto que crea, frente a su propia actividad, frente a sí mismo y frente a los otros. El ser humano queda reducido a una pieza de una maquinaria económica que no controla.

Marx interpreta la historia como historia de la lucha de clases. Los conflictos entre grupos con intereses opuestos son el motor de los cambios históricos. Desde esta perspectiva, el Estado no es una instancia neutral, sino un instrumento de la clase dominante para mantener el orden que la beneficia. La ideología —la religión, ciertas formas de moral, las doctrinas políticas— desempeña un papel importante porque contribuye a presentar como natural un orden social que es histórico y modificable. Por ejemplo, la idea de que el éxito económico es resultado exclusivo del mérito personal puede ocultar las desigualdades estructurales de partida.

La propuesta de Marx no se limita a describir; es también una llamada a la acción. Su objetivo es la transformación revolucionaria de las relaciones de producción, de manera que desaparezca la propiedad privada de los medios de producción y con ella la explotación de clase. En una sociedad comunista, la producción estaría orientada al desarrollo de las necesidades humanas, y no al beneficio privado. Aunque la historia del siglo XX ha mostrado problemas graves en muchas realizaciones prácticas del marxismo, las categorías marxianas siguen siendo influyentes para analizar fenómenos como la desigualdad económica, la precariedad laboral o la mercantilización de la vida.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES

B. Exponga el problema de la realidad y/o el conocimiento en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea.

En la filosofía contemporánea española, Ortega y Gasset ofrece una reflexión original sobre la realidad y el conocimiento a partir de su célebre tesis "yo soy yo y mi circunstancia". Frente a las posiciones idealistas, que reducían la realidad a la conciencia, y frente a las materialistas, que reducían el conocimiento a procesos objetivos independientes del sujeto, Ortega propone una vía intermedia: la existencia humana es siempre coexistencia con un mundo, y el conocimiento surge como una relación dinámica entre ambos. Para él, la realidad no es algo puramente objetivo ni puramente subjetivo, sino una estructura que integra inseparablemente al yo y su circunstancia.

Ortega critica la idea tradicional de que conocer consiste en captar una esencia fija o una verdad absoluta. En su lugar, afirma que toda comprensión del mundo está mediada por la perspectiva desde la que vive cada individuo. La perspectiva no es un límite defectuoso, sino la manera misma en que se da la realidad: cada ser humano accede al mundo desde un punto de vista determinado por su historia, su lugar, sus intereses y su situación vital. Nadie posee la totalidad absoluta, pero cada perspectiva aporta una parte insustituible de la verdad. Por eso Ortega habla de "verdad perspectivista": el conocimiento auténtico requiere integrar múltiples puntos de vista, no eliminarlos.

A la vez, Ortega rechaza la idea de que la realidad se reduzca a meras opiniones o construcciones subjetivas. La circunstancia no es una invención del yo, sino aquello que "me es dado" y con lo que necesariamente debo contar. Antes que un sujeto aislado, somos un proyecto vital arrojado a un mundo que no hemos elegido. Desde ahí, el conocimiento no aparece como una contemplación pasiva, sino como una tarea activa de interpretación, en la que el sujeto selecciona, organiza y da sentido a lo que encuentra. La realidad implica siempre un entramado entre lo que viene dado y lo que el sujeto aporta.

Un elemento esencial en la teoría orteguiana del conocimiento es la noción de razón vital. Ortega critica la razón pura, abstracta, que pretende independizarse de la vida concreta del sujeto. Frente a ella propone una razón que nace de la necesidad vital del ser humano de orientarse en su circunstancia. Conocer es, ante todo, una forma de situarse en el mundo para poder vivir adecuadamente. La verdad no se entiende ya como una correspondencia estática, sino como una dirección dentro del proceso vital del individuo y de la comunidad.

Esta concepción tiene consecuencias importantes. En primer lugar, implica que el conocimiento es histórico: cada época interpreta la realidad desde categorías propias y ninguna puede considerarse definitiva. En segundo lugar, destaca que el diálogo entre perspectivas es indispensable para acercarse a una comprensión más completa del mundo. Y, en tercer lugar, señala que la objetividad no consiste en eliminar la perspectiva, sino en integrar críticamente los distintos puntos de vista que ofrece la vida humana.

En resumen, en Ortega y Gasset el problema de la realidad y el conocimiento se resuelve mediante una filosofía de la vida que supera tanto el subjetivismo como el objetivismo. La realidad es siempre "yo con mi circunstancia", y conocer el mundo es comprender esa relación viva, histórica y perspectivista. Su pensamiento constituye una de las aportaciones más influyentes de la filosofía contemporánea en lengua española y una alternativa clara y profunda a las concepciones tradicionales del conocimiento.

© CENTRO DE ESTUDIOS LUIS VIVES